

# LA NOVELA SEMANAL



**El ataja-camino**

POR

JUAN CARLOS DÁVALOS

PRECIO: 10 Centavos

# Un caso de altruismo

En "Mundo Argentino" de fecha 27 de Marzo último, en un artículo titulado "La transfusión de la sangre", aparecen estas palabras:

"Doña Amalia Lassus, de Unión, Montevideo, calle Joanicó núm. 42, se ofrece al Director de la Clínica Modelo, Dr. Agote, para que se le extraiga sangre, en el caso que se necesite para devolver la salud a un padre o a una madre en peligro de dejar hijos en la orfandad".

Y dice textualmente:

"Soy mujer de 43 años, fuerte y robusta, creo estar completamente sana, jamás he estado enferma, y en previsión de que mi ofrecimiento pueda ser aceptado, tomaré día a día Hierro Nuxado".

Esta carta pone en evidencia, además de los sentimientos altruistas de la firmante, la seguridad y confianza que tiene en los espléndidos resultados que invariablemente se obtienen con el uso de Hierro Nuxado.

Y no son únicamente las personas sanas que desean aumentar el caudal de su sangre las que ensalzan las admirables cualidades de Hierro Nuxado, sino también, y muy especialmente, los pacientes que con él se han restablecido y los anémicos y debilitados que con su tratamiento han adquirido la salud y han podido, gracias a tan poderoso reconstituyente, resistir con ánimo sereno y energía suficiente los embates de tantos enemigos de la salud que tan a menudo se presentan.

Los médicos mismos son los primeros en reconocer su eficacia y lo aconsejan diariamente en millares de casos, especialmente para prevenir la debilidad, la anemia, el linfatismo, la excitación nerviosa, el decaimiento físico, la inapetencia y todas las enfermedades que provienen de la pobreza de la sangre.

En prueba de ello citamos la opinión del doctor H. James, célebre médico que perteneció al servicio de Higiene Pública de los Estados Unidos, quien, en ocasión de celebrarse el aniversario de la fundación del Colegio de Médicos de Illinois, manifestó que "si fuese obligatorio tomar Hierro Nuxado durante la época del desarrollo



y en todos los períodos críticos para la salud, llegaría a constituirse una humanidad tan fuerte y vigorosa que se eliminarían en absoluto los seres débiles, raquíticos y linfáticos que tanto abundan en la actualidad, especialmente en las ciudades de densa población".

Por todas estas razones debe tomarse Hierro Nuxado en tabletas, porque, en esta forma, está cuidadosamente dosificado y en proporción tan exacta que el cuerpo recibe la cantidad precisa de regenerador que necesita.

**Nota:** El poderoso reconstituyente Hierro Nuxado, prescrito por los médicos en la mayor variedad de casos, no es una medicina de patente ni un remedio secreto cuyas propiedades curativas estén a merced de cualquier circunstancia fortuita que pueda presentarse, no. Hierro Nuxado es una fórmula bien conocida en las droguerías, analizada perfectamente y considerada como la forma más moderna y eficaz de preparar el hierro orgánico y posee, además de la ventaja de asimilarse con la mayor facilidad, las no menos importantes de no ennegrecer la dentadura y de no descomponer el estómago, antes bien, es potentísimo para casi toda clase de indigestión como asimismo para la excesiva nerviosidad y para la extenuación.

Es tanta la confianza de los fabricantes en las bondades de Hierro Nuxado, que ofrecen entregar \$ 1.000 a cualquier institución de caridad, siempre que alguna persona, con falta de hierro en su organismo, no acreciente sus fuerzas en un 200 por ciento tomando este producto, durante un período de cuatro semanas consecutivas, si no padece algún desorden crónico grave.

**SE VENDE EN TODAS LAS BUENAS DROGUERIAS Y FARMACIAS**

**Unico importador: LUIS F. MILANTA, Rivadavia 1255—Bs. As.**

## A nuestros agentes y corresponsales

Comunicamos a todos los señores agentes y corresponsales que habiéndose reeditado ya la colección completa de las interesantes obras que hemos venido publicando en nuestro semanario, pueden dirigir sus pedidos de colecciones, sin pérdida de tiempo, con el fin de evitar demoras en los envíos, a la Agencia General de Librería y Publicaciones, calle Rivadavia 1573.

En las localidades del interior y exterior de la República, donde no tengamos representantes, puede solicitarse la agencia de nuestro semanario siempre que sea por personas que acrediten tener la responsabilidad necesaria para el caso. — Dirigir las solicitudes a la Agencia General, Rivadavia 1573. — Buenos Aires.

### LA ADMINISTRACION.

## El Jarabe de Higos "California" es lo mejor que se conoce para niños enfermizos y febriles

Si el estómago está ácido, el hígado torpe o los intestinos obstruidos, dele al niño Jarabe de Higos "California"

Las madres pueden estar satisfechas después de dar el Jarabe de Higos "California" a sus niños, pues en pocas horas hace desaparecer de los intestinos ese estreñimiento venenoso, bilis ácidas y alimento fermentado, y el niño estará sano y contento otra vez. Los niños no dejan sus juegos por evacuar, y el resultado es que los intestinos se obstruyen, el hígado se pone pesado y viene el desorden en el estómago.

Cuando los niños estén intranquilos, febriles e inquietos, mire a ver si tienen la lengua sucia, y entonces déseles este delicioso "laxante de fruta". Los niños lo encuentran muy agradable al paladar, y es completamente inofensivo. No importa

lo que tenga el niño, si tiene resfriado, mal de garganta, diarrea, dolores de estómago, el aliento fétido, acuérdesese que un laxante suave es el primer tratamiento que debe dársele. Direcciones completas vienen impresas en cada botella, sobre la manera de tomarlo los niños de todas las edades, así como los adultos.

Cúidese bien que no le den ningún otro jarabe falsificado. Pídale a su boticario una botella del Jarabe de Higos "California," y vea que esté fabricado por la "California Fig Syrup Company." No fabricamos tamaños pequeños. No admita ningún otro jarabe que no sea el genuino.



Dr. Ernesto Gaing  
 Director de Higiene y Sanidad  
 Ministerio de Sanidad y Asistencia Social  
 Buenos Aires, 1948

Se certifica haber analizado el  
 "Seminal" - preparado por la  
 S.A. de Cereales Malteados, S.A.  
 en los meses de febrero, 1948  
 de peso y 12% de proteínas  
 en el terreno infectado por  
 el virus de la chancleta oral,  
 luego y en la muestra control,  
 en muy buenas condiciones.  
 Es un producto muy útil  
 en la dieta de niños y  
 muy apropiado para los enfermos  
 que no pueden comer alimentos  
 de origen vegetal.  
 Dr. Ernesto Gaing 8 de 1948

Dr. Enrique Borsoi  
 Director de Higiene y Sanidad  
 Ministerio de Sanidad y Asistencia Social  
 Buenos Aires, 1948

La leche por sí misma  
 es un alimento  
 de alto valor nutritivo y  
 de fácil digestión.  
 El producto "Seminal"  
 que se le agrega, es un  
 alimento de alto valor  
 nutritivo y de fácil digestión.  
 La combinación de la leche  
 con el "Seminal" es un  
 alimento de alto valor  
 nutritivo y de fácil digestión.  
 Buenos Aires, 15 de 1948  
 Enrique Borsoi

# SEMINAL

CEREALES MALTEADOS

Alimento para niños, madres y ancianos

GENUINAMENTE ARGENTINO

Dr. EDUARDO BUITO  
 Director de Higiene y Sanidad  
 Ministerio de Sanidad y Asistencia Social  
 Buenos Aires, 1948

El producto "Seminal"  
 es un alimento de alto  
 valor nutritivo y de fácil  
 digestión. Es un producto  
 muy útil en la dieta de  
 niños y muy apropiado  
 para los enfermos que  
 no pueden comer alimentos  
 de origen vegetal.  
 Dr. Buito, 25 de 1948  
 E. Buito

Dr. L. Solari  
 Director de Higiene y Sanidad  
 Ministerio de Sanidad y Asistencia Social  
 Buenos Aires, 1948

Se certifica que el producto  
 "Seminal" es un alimento  
 de alto valor nutritivo y  
 de fácil digestión. Es un  
 producto muy útil en la  
 dieta de niños y muy  
 apropiado para los enfermos  
 que no pueden comer  
 alimentos de origen vegetal.  
 Buenos Aires, 1948  
 L. Solari

Compañía Argentina de Productos Dietéticos

bajo la dirección técnica del prof. Juan A. Domínguez

AÑO II BUENOS AIRES, LUNES 8 DE JULIO DE 1918 NÚM. 34

DIRECCION:

MIGUEL SANS — ARMANDO DEL CASTILLO

Asesor literario. MIGUEL R. ROQUENDO

---

El lunes próximo publicar mos

N.º 35

# LA CONVERSION

Del distinguido literato brasileño

CLAUDIO DE SOUZA

Obra escrita especialmente para

“La Novela Semanal”

en la que su autor describe la trágica vida de un leproso, y pinta ciertas costumbres de su país.

---

# EL ATAJA-CAMINO

Producción inédita del reputado y conocido escritor

JUAN CARLOS DÁVALOS

---

## ADVERTENCIA PRELIMINAR

El ataja-camino es un ave del orden de las rapaces, grupo de los estrígidos. Vive en el valle de Lerma y en las regiones montañosas y boscosas de la provincia de Salta. Se la encuentra en parajes poco poblados, a la oración y en la alta noche, y debe su nombre a la curiosa costumbre que tiene de aplastarse contra el suelo en medio del camino, extendiendo las alas y abriendo su ancho pico delante del viajero, como si pretendiese detenerlo en su marcha. Cuando agazapado así, se creería que el caballo va a pisarlo, se levanta bruscamente, sin ruido, y vuela un corto espacio, para ir luego a posarse más adelante en la misma actitud, y repite la maniobra dos o tres veces.

Anidan estas aves en las cuevas y agujeros abandonados por otros animales y se alimentan de arañas, insectos y pequeños roedores.

---

NOTA.—La colección completa de nuestras obras (la mayoría reeditadas) se pone en venta por última vez durante el curso de Julio al precio único de 10 centavos el ejemplar. Pasada esa fecha el número atrasado valdrá \$ 0,20.

Pídanse en los kioscos, estaciones del subterráneo y ferrocarriles, vendedores de diarios o a nuestros agentes del interior.

En el fin de esta obra va la nómina de las novelas publicadas hasta la fecha.

Los indios las consideran como aves de mal agüero, y su extraña costumbre y su lúgubre grito han originado la creencia de que el ataja-camino es un alma en pena, el espíritu errante de un hombre asesinado que busca a su matador.

I

### EL MISACHICO

Tun, tucutún,  
tucutún. tun tun,  
tucutún, tun tun...

Y mezclado al redoble monótono de la caja, un violín destemplado y raquítico gangosea un remedo de marcha militar. A largos intervalos un disparo de escopeta retumba por los cerros. Es el misachico que baja por la quebrada en vísperas de Navidad.

Los vecinos del cerro de San Lorenzo vienen a la capillita del lugar con un Niño Dios a cuestas, para que el padre cura le diga una misa.

La procesión se detiene en la boca de la quebrada, donde acaba la senda y empieza la carretera de Salta.

Los indios, en actitud respetuosa, sombrero en mano, desatan las minúsculas andas amarradas a la grupa de un caballo cerill. Ahora ya pueden acompañar a pie la bendita imagen. Los hombres descabalgan en silencio. Las mujeres, algunas sosteniendo la criatura en brazos, se largan de golpe al suelo.

Tata Sarapura, el esclavo del niño, precede ceremonioso a su familia. Sus dos hijas mayores se han echado las andas al hombro.

El violinista temple las cuerdas de su instrumento, verdadero prodigio de industria aborígen labrado en madera de cedro. El tañedor de caja se coloca a la izquierda del cortejo. Detrás del Niño la devota gente se alinea de a dos en fondo, y a una distancia prudente, para no espantar a los caballos, prepara una nueva salva el escopetero. Algunos muchachos tiran de las riendas las catagaduras de sus respectivas madres y parientas. Y a una señal del viejo, la comitiva reanuda la marcha. La caja redobla briosamente, el violín acomete el himno de Riego, detona

la escopeta con feérico escándalo, y, de cara al sol en la diáfana mañana, el misachico se encamina hacia la capillita cuyas torres enanas y rojizo techo de tejas, se trasuntan allá en el bajo, a través del follaje verde claro de los álamos.

Esta es la fiesta de los puesteros del cerro, la fiesta tradicional de los Sarapura, que guardan desde hace ochenta años en el rancho de su jefe, un Niño Dios de encarnación, vestido con polleritas de seda, y muellemente tumbado sobre un montón de musgo, entre flores de trapo, en medio de un cajoncillo empapelado y cerrado con portezuelas de cristal. Todos los años, en igual fecha reúnense al alba, en casa del "esclavo" los pocos vecinos de la montaña, y antes de que se apague el lucero la procesión emprende viaje, bordeando los profundos desfiladeros de la quebrada.

Allá arriba, en los ranchos, sólo han quedado los gatos escualdidos, junto al rescoldo, los perros guardadores de la casa, y racionados con una previa panzada de charqui, los perros cabreros que saben repuntar la majada en ausencia de sus dueños y volverla al redil al caer la tarde.

Y en la clara mañana la campanita repiquetea afanosa, llamando a misa, con un tintineo apagado y rampante de tacho viejo sin resonancia. Algunos prematuros verneantes, los condados que en aquel tiempo están en la villa, se asoman a las portadas de sus mansiones a contemplar el paso del singular cortejo. Una niñera inglesa, tirando de las riendas al petizo de su educando, se aparta del camino y comenta con su pequeño señor los detalles del plebeyo espectáculo.

## II

### LA PARRANDA

Aquella noche después de la misa del gallo reunióse la gente en el rancho de la Antonia Firme, lavandera prestigiosa y acomodada de las casas ricas. La Firme, así la llamaban sus convecinos, había invitado con anticipación a sus amigos del cerro, los Sarapura, los Suárez y los Vilte, ofreciéndoles para adoratorio del Niño el mejor cuarto de los tres que formaban su vivienda.

La procesión salió lentamente de la capilla, con profusa iluminación de velas y piadoso acompañamiento de cánticos mujeriegos. Muchos individuos a caballo, incluso los dos únicos policianos del lugar, hacían la guardia de honor.

Al llegar la multitud cerca del rancho, la Firme se adelantó unas cien varas para recibir al divino visitante, y entonces tuvo lugar la ceremonia del pisamiento: hincóse la Firme de rodillas en el suelo, los Sarapura le asentaron el cajoncillo en la cabeza, y recitando fervorosos Padrenuestros y Avemarías le hicieron entrega de las andas. En tal instante el júbilo de la fiesta alcanzaba su grado máximo; la escopeta funcionaba con verdadero furor bélico, el hombre del violín improvisaba variaciones sobre el himno de Riego, el de la caja redoblaba incansable el tucutún tucutún, algunos hacían estallar gruesas de cohetes en el aire, y todo el mundo se apeñuscaba para presenciar la entrada del Niño en el aparatoso pesebre improvisado por la huésped.

Los hombres ataron los caballos en el guardapatio. Los que venían de lejos, del Pichanal o de Castellanos, tiraban además de las cabalgaduras enjaezadas con las monumentales sillas chapeadas de sus mujeres.

Los festejos de Navidad en casa de la Firme comprendían dos géneros de ritos complementarios: el religioso y el mundano. Para acoger debidamente al Niño Dios habíase destinado el mejor aposento de la casa; para recibir cumplidamente a la concurrencia, habíanse dispuesto bajo la ramada y afuera, rodeando el patio, numerosos asientos, consistentes en duros bancos de palo, troncos cubiertos de cueros de oveja, y sillas tapizadas de becerro, crudo y sin pelar.

A la luz macilenta de una vela que ardía en un ahumado farolillo colgado del cañizo, acabaron por instalarse los más viejos, mientras que en el patio los jóvenes hallaron propicio acomodo a la dulce claridad de las estrellas.

La Firme brindóle a su compadre Sarapura el primer jarro de chicha. El viejo aceptó el oblijo poniéndose de pie, alzóse el poncho al hombro, y pronunció el brindis inaugural:

—Al honor del Niño, — dijo, levantando el jarro a la altura de los ojos. Al honor de la Pachamama, y derramó en el suelo un poco de chicha, y murmuró inclinándose: Pachamama, magre tierra, para vos esta chicha, este acullico pa vos... Escupió una partícula de su considerable bolo de coca, hizo una pausa, y volviéndose sonriente hacia su comadre, dijo:

—Al honor de la Firme, mi comagre, la generosa, la buena moza, pa que tenga salud y plata por muchos años.

Bebió pausadamente, paladeando los tragos, devolvióle el jarro a su amiga, y exclamó: ¡Tomo y oblijo mi señora! Y se limpió las barbas ~~relas~~ con una punta del poncho.

Hubo un murmullo de general aprobación; sólo un murmullo, entre los circunstantes. Y aquel jarro de bendición, y otros aná.

logos, no volverían a vaciarse en toda la noche, y pasarían de mano en mano y de boca en boca, inacabablemente.

Al principiar el baile, y mientras las cabezas están despejadas, reina entre los concurrentes un prudente recato y una exquisita y parsimoniosa cortesía.

Un puestero de Leser se encuentra con una verdulera del Pichanal, antigua conocida: dos años ha que no se han visto. El puestero la conoció casada, y como es natural, ahora le pregunta por el marido, en tanto que le alcanza un obliquo:

—¿Y el Osvaldo?

La mujer trasiega unos sorbos, y responde, tras grave pausa:

—Se ha muerto...

—¿Y cuándo ha sido?...

—Año pasao... — dice con calma, y suelta un bárbaro regüeldo en la cara grasienta de su interlocutor.

—¿Y déque?...

—¡Costao!... — Su marido había muerto de pulmonía.

El hombre reflexiona largamente, y cierra el diálogo:

—Anima bendita del finao Osvaldo. ¡Que Dios lo tenga en su santa paz!

Cuando la pata de cabra empieza a operar, los convidados reclaman la música del cajero, aparece muy a propósito un acor. deón, y entonces toma vuelo la parranda, las lenguas se desatan, los cuerpos se bambolean, y en la cálida noche, bajo las estrellas, soplan ráfagas de melancólica lujuria que agitan las polleras de las mujeres y atizan el entusiasmo de los barraganes.

Y entretanto el Niño Dios no ha sido olvidado. A la puerta del oratorio el violinista, un indio de antiparras, beato imperturbable, continúa pegándole de firme al himno de Riego. Ha hecho promesa de tocar la noche entera para que el Niño lo sane de la nube. Las muchachas, abandonando a ratos el holgorio del baile, vienen a hincarse ante el monumental pesebre. La Catalina, una colla centenaria, canta las coplas místicas:

—Niño chiquitito,  
Niño valentón,  
¿por qué tan humilde  
siendo un gran Señor?

Y las muchachas corean:

—¡Por qué tan humilde  
siendo un gran Señor!...

En medio patio la Gabina Suárez zapateaba una chacarera frente del Pantaleón Vilte, su festejante, cuando Ventura Tintilay sofrenó el caballo junto al palenque, y pegando un alarido de hombre machao, se soltó al suelo. Se agachó, pasó arrastrando al poncho por bajo los palos, y haciendo cantar las espuelas, se metió en la reunión.

Ventura Tintilay, el domador, aunque casado con una vieja, era el más guapo mozo de San Lorenzo.

La Gabina Suárez, hija de un puestero del cerro, era la flor del pago, uno de esos raros tipos de belleza indígena dotados de agreste donaire, de limpia tez bronceada, de caedras ondulantes y flexible talle; tenía los ojos brillantes y negros y los pies ágiles y pequeños como los de una corzuela arisca que todavía no ha visto la sombra falaz del cazador en la soledad del monte.

Tintilay estuvo saludando a sus relaciones y después de algunas chanzas y risotadas, vino a plantarse junto al Pantaleón y sin saludarlo siquiera, echó su pañuelo al aire y mirando a la hembra de frente, le dijo esta relación:

—Esa niña que baila  
con ese mozo,  
pa no bailar de vicio,  
¡balle con otro!

La Gabina, sonriendo malignamente, le contestó al punto:

—Ojalé lo que dice  
ño Tintilay,  
cuentelén a so vieja  
que anda por ahí.

Tintilay, medio picado por la salida, retrucó:

—De la mujer arisca  
lo que me gusta,  
es que al cabo se amansa  
¡como la mula!

El Pantaleón, ya del todo disgustado, lo agarró del poncho a ño Tinti:

## LA NOVELA SEMANAL

---

—Vea Don... Esta prienda es muy mía, ¿sabe?... Y haga el bien de no venir a voraciar...

—Ta güeno joven, pero no si empaque... Y dirigiéndose a la china: Pero si yo le pido una pieza, vidita, no me la va a negar, ¿no es así?

—Así será ño Tinti, porque úste es amigo de mi tata, pero... deje bailar a la gente...

Y ño Tinti se retiró.

—No hay que hacerle caso, — observó la Firme, en una rueda de viejas. Son puras alharacas de ño Tinti... él no es mal hombre.

—Tamién el opa del Panta se ha dejao decir medio fiero,— contestó seña Romualda. A ella le parecía demasiada prudencia, por no decir otra cosa, el quedarse callado después de tamaño atropello.

—Eso no, — agregó la Firme. El Panta ha hecho bien de callarse. ¿Páque armar alboroto cuando la reunión ta tan linda?... Si así no más es ño Tinti, así medio cargoso pa las bromas.

—No se yo, pues... — objetó una vieja con cara de harpía. Diz que esi hombrí ha dentro una vez a la Salamanca...

—¿Y cómo es eso? — preguntó la Firme, que, como persona más civilizada, fingíase ignorante de las creencias de su raza.

•—En la Salamanca del pozo verde, contrita del cerro de Su malao, en un guaico... Y se explicó: Los que entraban en la Salamanca eran hombres malos que tenían su alma dada al diablo. El que deseaba adquirir una pericia insuperable en alguna de las artes del campo, como la cura por secreto, las virtudes de ciertos yuyos o el poder de adivinar y enamorar, lo conseguía ingresando en aquel antro maldito, especie de antesala de los infernos. El ingresante hallaba a la entrada de la cueva, la imagen de Cristo a un lado y la Virgen al otro. El diablo en persona recibía a su neófito y lo invitaba cortésmente a escupir un salibazo en la cara de las sagradas imágenes. Pasada esta primera prueba, el mandinga le preguntaba el oficio que quería aprender. Si el hombre contestaba: quiero ser domador, el diablo, en un santiamén, convertíase en macho furioso, el hombre se le trepaba en pelo y el mandinga comenzaba a botar chispas por ojos y narices y a bufar y corcovear y bellaquear espantosamente, a la orilla de unas lagunas de plomo hirviendo. Y si el hombre podía resistir los brinco y salía victorioso de la tremenda prueba, el diablo, volviendo en su sér primero, lo felicitaba al hombre, lo hacía firmar un contrato en que le vendía el alma y lo despachaba, seguro de que jamás hallaría en el mundo caballo o mula que lo volteasen, por chúcaros que fuesen.

## EL ATAJA - CAMINO

No Tinti conversaba ahora con Esteban Suárez, el padre de la Gabina. El domador sacó de bajo del poncho una chata de ginebra y se la brindó. Don Suárez no se hizo del rogar y echóse a pecho una buena gárgara.

—¡Esto temple, agora que el sereno s'tá en la juerza!

—Esto temple amigo, — afirmó ño Tinti. — Pa eso la truje del pueblo... Hoy día cuasi no me desocupo, y eso que es fiesta.

—¿Y pande ha andao?

—Pal Rosario, pal Pucará de don Isasmendi, ensillando unos potros... Pero, méta'le compañero!

Suárez bebió gustoso; pero la ginebra, encima de la pata de cabra, era como la metralla. Y al cabo de un rato de charla sobre las perspectivas del año, las pariciones de hacienda y la venta de quesos, ño Tinti se escabulló, dejándolo a Suárez en desahogada charla con el juez de aguas.

El baile estaba en su apogeo: el acordeón tocaba chilenas, guaitos, gatos y chacareras, la caja repiqueteaba de continuo, las parejas se agitaban en fandango deshecho por el patio, entre vociferaciones, llantos, gritos y zapatetas.

El agente Arancibia, con grave compostura, caminaba de bracetete con la Firme. El exótico casco policial, sombiando su cara de indio lampiño, le sentaba divinamente, y la chaquetilla de brin ajustada a las caderas, y el autoritario machete y el voluminoso revólver, completaban a maravilla su bizarra indumentaria.

Eustaquio Tapia, un cincuentón recién casado con una sobrina de quince años, se le declaraba a una vieja de verdes polleras almidonadas, en tanto que la joven esposa, un poco machada, le estaba maquinando una alevosía con un su primo...

El cajero, un pobre indio de voz doliente y blanda, cantaba estrechando el burdo tambor entre las piernas:

Esta cajita que toco  
tiene boca y sabe hablar,  
sólo le faltan los ojos  
para ayudarme a llorar.

Penando voy por la vida,  
penando, siempre penando,  
como mate sobre l'agua,  
que va davueltando,  
davueltandoo!...

Y a medida que cantaba entrecerrando los ojos, sumido en el ensueño beato de su borrachera llorona, se balanceaba a compás en el asiento y dejaba caer la cabeza sobre el pecho.

Salía de la multitud en revuelta los olores acres de la coca, el alcohol y la tierra aventada. Saltaban unos furiosamente, otros gesticulaban en grupos, algunos se abrazaban a contarse sus cuitas a voz en cuello, y no pocos, sumidos en el estupor del exceso alcohólico, contemplaban idiotizados la lisura del suelo, apenas alumbrado por los reflejos del pucho de vela que agonizaba en el farol.

Más allá del patio, a la cándida luz de las estrellas, alguna pareja se deslizaba furtivamente por entre los matorrales, y se perdía en las sombras...

La Gabina, del brazo del Panta, pasó junto a ño Tinti.

El domador, agazapado en la penumbra, la miraba largamente y le sonreía con provocativo desenfado, encendidos los ojos de deseo bajo el ala del amplio chambergo. Ella, adivinándole las intenciones, se estremecía de miedo. El corazón le daba en el pecho unos aletazos de paloma *trampada*. El cariño de Panta no se parecía al atrevimiento insolente del gaucho. Ella hubiera querido irsele encima y arañarlo, y machucarle a reverses la jeta, pero la espantaba la idea de que los dos hombres se peleasen por ella, y procuraba más bien distraerlo a Panta, conversándole de otras cosas.

No Tinti comprendía regocijado el efecto de sus demostraciones en el ánimo de la chinita: mujeriego hábil y experimentado, sabía que la hembra también se entrega por curiosidad y por miedo. Fué a sentarse junto al cajero, se inclinó sobre la caja y golpeándola suavemente con los nudos, empezó a cantar:

—Paloma que vals llevando  
una hebra de oro en el pico,  
damelá para ccser  
su corazón con'el mío...

Después se incorporó resueltamente y fué a pedírsela al Panta.

Media hora transcurriría, cuando dominando toda aquella algarabía, oyóse el agudo chillido de una mujer. En un extremo del patio, bajo un algarrobo, se vieron dos sombras trabadas en lucha. Era ño Tinti que forcejeaba por llevársela de la cintura a la Gabina.

Pantaleón que no los perdiera de vista, corrió allá el primero.  
—¡Está machada! — le dijo fío Tinti.

Acudieron varias mujeres y luego Esteban Suárez.

—Está machada, ¡caracho! — repitió el domador. ¡Se ha descompuesto!

La Gabina, tirada en el suelo, la cara entre las manos, gimo teaba y parecía borracha. En realidad, al verse impotente, se había dejado caer...

—¡Qué te han hecho hija!... Aquí está tu tata, — exclamó Suárez y se arrodilló para levantarla. Dejémén con ella que yo la hi de atender!... Y en una súbita explosión de borrachera comenzó a lamentarse a su vez en tono atiplado y doliente.

Fuera del grupo el Panta lo agarró al domador por el poncho, se le arrimó cara a cara, y lo increpó furioso:

—¡Cuidadito, fío Tinti! Dicen que usté ha vendido su ánima al diablo, pero no hay faltar quien se la cobre antes que él!

El domador, pálido de ira, frunció el entrecejo y hubiera respondido con un manotazo, pero se contuvo, y sonriendo irónico y despreciativo, cantó a la oreja de su rival:

—Yo soy el torito negro,  
un torito muy matrero,  
y donde bala este toro  
¡no bala ningún ternero!

### III

### EL REGRESO

Al día siguiente por la mañana Sarapura y los del misachico regresaban al cerro. Marchaban en silencioso desfile, cabizbajos y mustios por el fondo de la quebrada.

El tata Sarapura iba adelante, arreando la jaca en la que habían acondicionado sobre el aparejo, el cajoncillo del Niño Dios.

El anciano llevaba sus botas atadas a los tientos. Las botas solía calzárselas para las farras, las elecciones y las grandes solemnidades, pero al ponerse en camino de su casa las trocaba económico por las cómodas y prácticas ojotas de uso diario. Otro tanto hicieron los demás, lo mismo las mujeres que los hombres.

## LA NOVELA SEMANAL

---

Era una marcha reposada y lerda, y acomodada al natural desgano de los caballejos que nunca apuran, porque sus dueños jamás tienen prisa, y porque las fuertes pendientes y riscosas sendas de la montaña no consienten otro andar que el tranco corto.

Seguían a Sarapura sus hijas y nietos; tras ellas iban los Vilte con sus guaguas; a éstos los seguía Esteban Suárez y a Suárez su mujer con su hijo Eleuterio montado a la grupa. Un poco más atrás iba la Gabina Suárez, y por fin al último, el Pantaleón Vilte, más triste que una noche.

A medida que avanzaban, el pobre Panta, ensimismado en su pena, fué quedando rezagado. La Gabina deseaba hacerle compañía, conversarle de lo ocurrido, averiguar lo que pensaba de ella; y así los dos, como por acaso y poquito a poco, se quedaron solos y perdieron de vista la comitiva entre las boscosas revueltas de la quebrada.

Caminaron un buen trecho sin atravesar palabra. El Panta iba dejaba ir delante de él, recordando con amargo resentimiento la escena equívoca y humillante de esa noche. Y pensaba en los felices días que pasaron juntos en el cerro, cuando ella, pastoreando sus cabritas solía llegar al puesto de los Vilte para verlo sembrar papas en el rastrojo, o ayudarlo a desgranar, en el patio del rancho, junto a sus hermanas, la exigua cosecha de amarillas mazorcas bajo los cielos apacibles de abril. Y cuántas veces, sorprendida en una abra por la cerrazón, había tenido ella que guardar la majada en el chiquero de los Vilte y quedarse a dormir con las muchachas, al calor del fogón, la cama de ella casi topando con la cama de él.

Y maldecía la hora en que por seguir la costumbre habían bajado a las casas para asistir a la parranda, donde un hombre agresivo y pendenciero había intentado arrebatárle aquella prenda tan querida. El había espiado, sin perder detalles, los menores gestos de su rival, y no había dejado de advertir tampoco las disimuladas complacencias de la Gabina, halagada en su vanidad por las adulaciones y festejos de ese mal hombre, de ese botarate. Y por eso un disgusto reconcentrado y una desazón insufrible, venían trabajándole el alma. A él nada le habría costado hundir su cuchillo en el pecho de fio Tinti, con la misma destreza con que se mata un toro viejo para hacer charqui: pero lo contuvo el miedo de enditarse para siempre, la pesadilla del calabozo, donde guardan a los asesinos a la sombra, la pérdida de su indómita libertad, el adiós a su rancho, a sus montes y a su cielo!

La rabia de esa noche, la lucha de sus impulsos con su razón, al sacudir sus pasiones adormecidas, le habían hecho pasar de golpe de la adolescencia a la virilidad. Y ahora la miraba a la Gabina con esa mezcla de despecho y de ternura que infunden los celos. Porque ahora sabía bien cómo y cuánto y para qué la quería. Y

ahora que regresaban a la vida tranquila del puesto, lejos de toda amenaza, de todo peligro, ella le pertenecería pronto y por completo.

—Panta, ¿por qué venís tan callao? — se atrevió ella a preguntar por fin, dándose vuelta a mirarlo.

—Callao... ¿Y paqué hablar si vos ya no me querís?

—¡Bah! no digáis eso...

—Dende que te han embrujao en la fiesta, el Panta es pa vos lo mesmo que la nada.

—¡No hablís así!

—Y si no, por últimamenti, ¿querís contar qué te ha dicho señor Tinti?

—Bien s'tais sabiendo que ha querfo sacarme pal campo y que yo no mi hei dejao. ¿Qué, no me has oyido cuando hei gritao? ¿Qué no me has visto cuando mi hi tirao ¡limpio! pal suelo?

—Sí ti hi visto, si ti hi óido... ¡Pero vos le habrás dao lugar pues, pa que él te quiera ramiar pa juera!

—¡Calláte más bien, Panta! No mi hagáis cargos, no mi achaquéis cosas que me dan pena!

—Me callaré. ¡Páque hablar si vos ya no me querís!

—¡Velay, si te quiero! ¡No seáis así ti digo!

Guardaron silencio. Y luego, al compás del indolente paso de la jaca, el indio rompió a cantar, según la inveterada costumbre de estos hombres cuando van de camino. Y era un canto lleno de rústica y melancólica armonía. Las concavidades del cerro le prestaban honda resonancia, sus notas agudas y dolientes cobraban inefable dulzura en la soledad, y era como si la tierra, por boca del indio estuviese expresando todo el encanto de su poesía milenaria.

La letra decía así:

—La agüita de la vertiente  
gotea y cava las peñas,  
pero no ablanda mi llanto  
tu corazón que es de piedra.

El solcito de las cumbres  
derrite la nieve dura,  
y a tu corazón mi fuego  
no logra entibiárlo nunca.

Nunca creí querer tanto,  
ni tener prendas amando;  
si por mi gusto te quise,  
pagué mi gusto llorando.

La senda áspera y estrecha subía en empinada pendiente costreando una y otra margen del arroyo. Por todos lados una vegetación espléndida alegraba los ojos. Los helechos cubrían las fértiles laderas bajo tupidas enramadas de laureles, arravañes, nogales y matos. Las orquídeas doradas semejaban manchas de sol en las oscuras horquetas de los celbos. Inmensos mantos de jazmines cubrían el espeso follaje de las talas guadoras. Las urracas inquietas y curiosas, piaban en la espesura. Oscilaban las libélulas irisadas de luz entre los matorrales. Y sobre el lecho de piedra de la quebrada, el agua transparente se dormía en remansos. Se despeñaba hinchándose en espumas, salpicaba los berros, humedecía los musgos, y reavivaba el rojo intenso de las begonias que se asomaban a beberla como labios sedientos y purpurinos.

Flotaban aromas errantes en el aire sediento y húmedo; el vago olor terroso de los helechos, el hálito de floridos cedrones y arravañes, la fragancia penetrante y dulce del yuyo de la miel.

La senda salvaba a veces fornidas raíces de árboles centenarios, en cuyos troncos unos hongos viscosos de color de carne, ponían cierta chocante impudicia gelatinosa y sensual.

—Sí, te quiero, — había dicho la Gabina, y esta declaración resonaba en los oídos de Panta y le cantaba en el alma, con la claridad argentina del canto del agua. Sentía que la cabeza le daba vueltas y que la sangre se le agolpaba al pecho, y una jubilosa angustia le oprimía la garganta impidiéndole hablar. Y la miraba ir delante de él, desbordando de la silla la amplitud muelle de las caderas sobre las cuales la cintura se hamacaba rítmicamente al andar, acompañado de la jaca.

En esto notó Pantaleón que la silla de la Gabina estaba corrida a las ancas y habiendo hallado la ocasión de hablarla.

—Asólitate un poco, le dijo. Te voy a componer el ensillado.

La muchacha paró el caballo, y el Panta, descabalgando prestamente, fué a atenderla.

—Se ha refalao el jergón pa las verijas, — observó tanteando las cinchas y palmeándola a la jaca, que lo miraba cachacienta, con el rabillo del ojo.

Y como quien revisa el ensillado, la mano del Panta buscando el estribo se posó en el empeine desnudo y mórbido de la china, se deslizó palpando suavemente el tobillo, subió por debajo la enagua hacia la pantorrilla, en una caricia trémula, y se detuvo vacilante sobre aquella blanda y tibia redondez conturbadora.

—¡Dejáme Panta! ¡Qué estáis haciendo! — balbuceó ella toda avergonzada.

—De lindito, de suavesito que tenís!...

—¡Dejáme te digo! ¡No seáis osao!

—¡Vos has dicho que me querís!

—No hi dicho!...

## EL ATAJA - CAMINO

---

—¡Mentirosa!...

—¡Soltáme!

—Mejor es que te bajis... pa componerte el ensillab...

Y no supieron hablar más, y se callaron.

Después, sólo el instinto, el soberano instinto, guió sus actos. No conocían el palabreo inútil de los civilizados, no sabían expresar los devaneos locos del supremo instante. Sus labios sanos, jugosos y fríos como el durazno cerril, no se juntaron en el preámbulo deleitoso del beso. El fué rudo, casi brutal en el abrazo, ella le opuso la débil y pasiva resistencia del pudor que desmaya y acabó por rendírsele. En el bosquecillo inmediato las urracas saltarinas los espían chillando alegremente: cerca de ellos el arroyo esponjado en espumas resplandecía y cantaba entre los tenues cendales de helechos, y en la remota soledad de la umbría una bumbuna escondida exhalaba su dulce y melancólico arrullo de amor.

Acabó el Pantaleón de cinchar el caballo de su prenda, y ella apoyando entrambas manos en la cabezada se plantó de un salto en la silla.

—Apuremos, — dijo ella y arrancó al paso largo.

—Apuremos, — dijo él, cabalgando a su turno. Y arrancó al trotecito, taloneando los peludos ijares de la jaca. Y un rayo del alto sol que al colarse por las ramas le dió en la tez morena, iluminó entre sus dientes de mazamorra la sonrisa más fresca, más blanca y más feliz de su vida.

A pocas cuadras la cabalgata los esperaba ya, descansando a la sombra de un nogal inmenso. En aquel punto era la encrucijada de las sendas, donde habían de separarse para preparar cada grupo a su correspondiente ranchito de las cumbres.

Despidiéronse todos cordialmente, con rudos abrazos y sobrios apretones de manos. Tata Sarapura brindóle a Suárez un acullico de su chuspa y seguido de su gente comenzó a subir la cuesta del morro grande. Emprendieron los Suárez el camino de su rancho, situado en la cima del cerro de San Lorenzo. Los Vilte debían de hacer el camino más largo y empinado: su rancho estaba a mil metros encima de la quebrada, frente al de los Suárez, allá en la verde ladera de una mesada batida por los vientos eternos de la altura.

Media hora más tarde, surgiendo de la región de los alisos en los flancos tersos y pastosos de la montaña, los tres grupos no parecían más que tres caravanas de pulgas viajando por los pliegues de un gigantesco poncho de terciopelo pardo.

### TINTILAY

El Ventura Tintilay era cuidador de un terreno de San Lorenzo, abandonado por los dueños, desde hacía varios años. Poco paraba el casero en la vivienda medio ruñosa de sus señores. Mientras la Agueda, su anciana mujer, echaba los hofes tundiendo ropa en la batea, el perdulario del chalán andaba de seca en meca y de pulpería en pulpería, como buen gaúcho. Nunca le faltaba una mula chúcara que tironear o un potro mestizo que ablandar de la boca, unas veces por orden de algún rico decente, y otras porque algún amigo le había mingado el trabajito. Por eso se le veía siempre bien montado, y era su orgullo lucir en fiestas y diversiones, chapeados de plata, caronas fronterizas, elegantes guardamontes y lonjas blancas y bien sobadas. Gastaba base en bebida y arreos de montar cuanto ganaba, que era poco, y cuando al cabo de largas ausencias caía a la casa a deshora y achispado demás, era seguro que la pobre vieja se llevaba una paliza.

A pesar de lo cual gozaba ño Ventura entre los vecinos, todos indios humildes y pacíficos, del prestigio gaúchesco que le daban, su baquia en la doma, su desprendimiento en las farras, su desnudo en el manejo del cuchillo y sus numerosas entradas por lesiones en la policía del pueblo. Resultaba, pues, ño Tinti, con su rostro aceitunado y enérgico, su esbelta figura y su desenvuelta intrepidez, un tipo novelesco y temible de gaúcho maula, una mezcla curiosa de malandrín y de payador.

El 29 de diciembre a mediodía, ño Tinti se ocupaba de ensillar una mula redomona en el patio de su casa.

Había tenido que echarle el poncho a los ojos y amarrarla del bozal al bramadero, para poderle las calchas del ensillado, que la mujer le iba alcanzando a medida que el chalán, con tono autoritario, se las pedía.

A cada pieza que sentía en el lomo, afirmada con un recio palmazo sobre el apero, el animal bufaba, se encogía y sacudía en vano la cabeza.

Llegó el momento de la cinchada: ño Tinti afirmó una pata en el costillar de la mula, tiró el correón a dos manos, echándose para atrás con todo el cuerpo. La mula quiso tirarse al suelo, corcoveó un rato y mandó al aire una seguidilla de cosas. Aguardó ño Tinti a que pasara la borrasca, y empuñando las riendas de anta, asentó con gran cuidado el pie en el estribo, volió la pierna y se afirmó en el apero. Luego envolvióse un poncho en

las canillas para prevenir los mordiscones y ordenó a su mujer:  
¡Soltáala!

La bestia al verse suelta, metió la cabeza entre las manos y se arrastró bellaqueando; pero el freno chileno y la penca formidable que le aplastaba las ancas, le amenguaron su furia, y después de unos buenos tirones y una soberana soba, salió al marchadito por las tranqueras con el lomo en arco y la cola entre las piernas.

Era la cuarta vez que ño Tinti ensillaba esa mula, la cual, por ser hija de yegua peruana comenzaba a soltar unos andares excelentes. La llevó bien sujeta cuesta abajo, hasta la pulpería de Torres, por el camino de Salta, y allí pegó la media vuelta pensando regresar a la casa, cuando un encuentro imprevisto lo hizo cambiar de designio, pues se topó en el camino con Esteban Suárez y la mujer, que lo saludaron:

—Güenas tardes, ño Tinti.

—Güenas tardes.

—¿Amansando, no?

—Ya lo ve. ¿Y pande es viaje?

—Se vamos pal molino a buscar provedurfa. Adiós.

—Adiós, pues.

Y una idea rápida y feliz cruzó por la cabeza del chalan:

—¡La han dejao sola! pensó.

La noche del baile en lo de la Firme, él le había pedido un favor a la Gabina, pero ella se negó resueltamente y no quiso seguirlo, sin duda, imaginaba él, porque esa noche había gente. Pero ahora ella estaba sola, o poco menos, sin más compañía que Eleuterio, el muchachito.

Semblanteó el sol, calculó la hora, y a fin de no ser visto se metió por un cañadón, y haciendo un rodeo, fué a caer a la senda de la quebrada.

En la mitad del camino se detuvo a reflexionar: ¿Y si la mula se le cansaba?... ¡Bah! se dijo. La llevaré despacito. Si hago el viaje a pata me voy a tardar mucho y no habrá cómo regresar a la oración... Seguro que los Suárez estarán de vuelta esta noche, porque esta noche es de luna.

Y reanudó la marcha, y llegó a la encrucijada, y lentamente, parándose a resollar a cada trecho, comenzó a subir la cuesta de los Suárez.

• • •

En la cumbre del cerro de San Lorenzo, la Gabina y el muchacho apacentaban las cabras, no lejos del ranchito. La pastora sentada al rayo del sol, en cucullas, junto a un pedrón, se

entretenía en componer una pollera. A ratos levantaba los ojos, y tendía una mirada hacia la hondura del valle, donde el camino de Salta, blanco y tortuoso, corría sobre la verde ondulación de las lomas. Extendíase allá un panorama de treinta leguas, indescriptible de serenidad y de grandeza. Frente a la cadena de San Lorenzo, al otro lado de las lomas, veíase Salta al pie del San Bernardo; hacia el sud la llanura fértil de innúmeras sementeras, el valle inmenso, surcado por el lejano centelleo de los ríos; en el horizonte del este la sierra de la Pedrera, más allá el Crestón de Metán, brusco y enhiesto, y en el confín, interrumpiendo el azul purísimo de la montaña, los farallones perpendiculares del Juramento, blanqueando como brochazos de cal a la claridad dorada del sol poniente.

\* \* \*

—¡Píllalo al cabrito negro! que no mame tanto. No se vaya a empachar.

El muchachito, ágil como un chivo, se lanzó a la carrera por un repecho y alcanzándolo al glotón que mamaba arrodillado, lo pilló de una pata y se lo sacó a la madre.

Ese era casi todo el trabajo de los pastores: vigilar el régimen alimenticio de las crías, evitar que alguna cabra fuese a parir lejos de la casa. Más de una vez, en días de niebla, tan frecuentes en el cerro, el león dañino se había llevado una cabra o el zorro hambriento se había comido un chivito, burlando la guardia de los perros.

La Gabina, con su vista de águila, reconoció en el camino de las lomas los bultos diminutos de sus padres:

—Eleuterio, vení mirá.

—¿Ande?

—¡Allá! ¿Los vis?... ¡Allúuu!...

—¡Cierto! ¡Aquel es mi tata! ¡Vela, aquella es mi mama!

Y los dos indios, aguzando su poderosa vista, siguieron los bultos hasta que los vieron hundirse bajo el último pliegue del terreno.

Escrutaban aún embelezados la remota lejanía, cuando saliendo a pie por un filo, ño Tinti se presentó delante de ellos. La Gabina en un primer impulso, se incorporó para huir, pero viéndose fuera de la casa y que ño Tinti le cortaba la retirada, hubo a la fuerza de quedarse. El hombre se aproximó y le alcanzó la mano.

—Güenas tardes.

—Cómo está ño Tinti.

—Aquí he venfo buscando un caballito tordillo que se me lo ha estraviado antiyer...

—Por aca no ha parecío. ¿Has visto vos, chei?

—No hi visto, — contestó el chico.

—Ande cerpa me han dicho que ha rumbiao pa deste lao... Pal morro de Suárez, han dicho.

—Puacá no lo mos visto...

—Nostá el compagre Esteban?

—Nostá. Pal pueblo bajó con mi mama. ¿Qué, no los ha topao, pues?

—No... Este... bueno entonce... aquí me voy a echar un momentito, como que descansa la mula.

—Como guste.

—Oyé, muchacho: ¿querís andá y vela, no sea que corte las riendas? Atada la hi dejao en la tranquera.

Antes que su hermana se lo pudiera evitar con una seña, el activo indiecito se largó morro abajo, a ver la mula.

No Tinti, soltando un gran suspiro, se recostó en el pasto junto a la Gabina, bostezó, se sacó el sombrero, se pasó la mano por la cara, fingiendo absoluta despreocupación. Y cuando notó que la muchacha le iba perdiendo el miedo:

—¡Ah, prenda! murmuró, tomándole derrepente una mano entre sus callosas manos.

—Usté tiene so prenda... ¡Larguimé fio Tinti!

—¿Cuando me váis a dar lo que te hei pedío?

—¡No se... Larguimé le digo!

—¡No! — dijo él excitándose de pronto. Yo te quiero a vos. ¡A naides más! ¡Por vos hi venío! ¡Por vos ando penando, florcita del cerro! ¡Por vos, prenda linda, que cuantimás me despreciáis, más fuerte te quiero!

—¡Sueltimé fio Tinti! ¡Tampoco le heide oyer si no me suelta!

—Ta güeno... para que no lloris te largo.

No bien la hubo soltado, cuando ella echó a correr por la mesada, gritando:

—¡Eleuterio! ¡Vení Eleuterio!

Pero fio Tinti se largó tras ella, con toda la velocidad de sus piernas, con toda la furia de su deseo salvaje.

Entonces apareció el muchachito; y su hermana descubriéndolo al darse vuelta en la carrera, le gritó:

—¡Piegríalo! ¡Piegríalo!

Todo fué inútil. No Tinti la alcanzó, le rodeó la cintura, le dió una zancadilla, y los dos forcejeando cayeron en el pasto.

Y fio Tinti se reía, se reía satánicamente.

—¡Ya sois mía!... ¡Yo sois mía!...

En esto comenzaron a llover las piedras arrojadas por el muchachito que se aproximaba.

—Ya sois mía... No tengáis miedo... Nadie nos ve.

La pobre china, vencida al fin, levantó a medias la cabeza de entre los pastos y gritó:

—¡Eleuterio! ¡No le tiris! ¡Ite pa la casa!...

### V

#### EL ATAJA-CAMINO

Frente al rancho de Suárez, al otro lado de la quebrada, en un pequeño rastrojo tendido al borde de una mesada, el Pantaleón Vilte se ocupaba de arar el terreno a fin de sembrar unos cuantos almudes de papas.

El indio picaneaba los bueyes y guiaba la mancera caminando a trancos desiguales sobre los terrones.

Desde la considerable altura en que se hallaba podía mirar el valle de Lerma por encima del cerro de San Lorenzo: pero el lejano paisaje no atraía su atención. Su vista deteníase mucho más acá en el ranchito de los Suárez, donde solía presentarse, resalando sobre el manchón grisáceo del patio, la silueta de la Gabina.

El primero de año lo pasarían juntos, en lo de Sarapura, que había prometido carnear un cabrito y convidar con chicha fuerte a sus vecinos y parientes.

El Panta estaba arando el rastrojo desde el amanecer. Los había visto bajar a los Suárez y supuso que irían a comprar vino y provisiones al pueblo, sin duda para contribuir con algo al convite de Sarapura.

Más tarde la vió salir del rancho a la Gabina y arrear las cabras hacia la mesada. Luego, a media tarde, distinguió un jinete que trepaba por el filo del cerro.

Cuando el jinete ató la mula en la tranquera, y se apeó, Pantaleón reconoció a ño Tinti: entonces dejó el trabajo, desunjió los bueyes y presa de insólita inquietud, fué a pararse en la punta de un peñón desde donde podía dominar el morro y la mesada.

Clavado en su observatorio, presenció desde lejos la extraña escena.

Creó al principio en una cita, y se abrasó de rabia y se mordeió los dedos... ¡Cómo!... Los dos estaban juntos, y ño Tinti rescostado cerca de ella... pero ella no se retiraba...

Y vió que ella salía corriendo, y cómo él la seguía, y cómo la alcanzaba y la tumbaba en el suelo, y...

Pantaleón Vilte no vió nada más. Sus ojos se nublaron con un velo de sangre, desvainó el cuchillo del cinturón, se envolvió el poncho en la mano y dando un salto prodigioso se largó del peñón abajo, cerro abajo, rápido, más rápido cada vez, como la piedra desprendida de la cumbre.

Para llegar al rancho de la Gabina tenía que bajar al fondo de la quebrada y subir por el cerro opuesto.

Se sujetó a la orilla del arroyo. El corazón se le salía por la boca. No pudo más de cansancio y se cayó de bruces, enredado en el poncho. En la violencia de la caída, el cuchillo dió de punta contra una piedra y se partió.

Panta se dejó estar, casi un cuarto de hora, tirado de barriga, hasta que le pasó la agitación. Después miró su cuchillo roto y sonriendo con irónica amargura:

—El diablo te defiende,—murmuró. Y en un transporte de ira inútil arrojó lejos el cabo.

—Pero te voltearé de una pedrada,—pensó—y levantándose de golpe, recogió el poncho. Y aquel espontáneo ademán de recoger el poncho, le sugirió un medio de cuya eficacia él mismo se asombró.

—¡Eso es! ¡Yo soy el ataja camino! ¡Yo soy un pájaro de misterio y de muerte!... ¡Bajaré a la oración!... ¡Le voy a salir en la encrucijada!

Pero advirtió que tenía que andar mucho quebrada abajo, para alcanzar la encrucijada. Y además aquel paraje, por ser casi llano en la playa, no le convenía...

—¡Ande, ande lo topo?... Y levantaba la vista para observar las revueltas de la senda en lo alto de la montaña.

Y por fin se decidió. Doscientos metros más arriba la senda bordeaba un despeñadero de corte casi vertical sobre el lecho del arroyo. Y el Pantaleón trepó hasta allí por un desecho, arrastrándose, colgándose de los yuyos, enterrando las uñas en la barranca. Miró hacia la hondura, examinó el terreno y cavando con las uñas, empeñoso y jadeante como un perro, se puso a aflojar unas lajas que resguardaban a modo de parapeto el borde del precipicio. Las piedras crujieron al desprenderse y girando en el aire como balas fueron a reventar con fragor, seguidas de una lluvia de ripio y terrones, sobre las piedras enormes de la quebrada.

Después, a lo largo de la senda, echóse Panta de barriga, sobre su poncho y comenzó a esperar.

—¡Ahijuna perra!, exclamó: ¡No Tintí!... Vos sois gaucha cuchillero, yo soy el indio que no sabe pellar. Vos te has querido reir de mí, vos me has querido robar mi prenda... ¡Gaucha palan-gana! ¡Agora verás quién puede más!... ¡Vos me has humillao entre tu gente, yo me voy a desquitar entre mis peñas!

Allá en la serena altura, sobre los filos nítidos de los cerros llenos de sombra, el pálido cielo crepuscular clareaba ya con el milagroso florecimiento de las primeras estrellas.

No Tintí, muy despacio, muy despacio, bajaba por la senda de los Suárez. De la quebrada, como de una ancha cueva, subía la noche.

El arroyo bramaba en el fondo de la maraña y un viento lento y remoto agitaba la espesura; y era un viento intermitente y ululante como el resuello de un pulmón colosal.

Cuando fio Tintí llegó al mal paso, se alzó del suelo, de repente.

ante la mula, un negro pájaro de alas abiertas, inmenso y tambaleante.

¡Huí, huf, ha, ha, ha!... fué el grito de Panta. Un grito largo, agudo, espantoso, aterrorizado de su propio horror.

La mula, al sentarse en las patas, perdió el equilibrio y la tierra cedió. Y Ventura Tintilay, allá en el lecho ríscoso y duro del arroyo, no fué más que una bolsa de huesos rotos, de ropas hechas trizas y de sangre.

*Juan Carlos D. Varela*

San Lorenzo, junio de 1918.

## Cuando Vd. despierte tomese un vaso de agua caliente

Expúlsense todos los venenos y toxinas del sistema antes de introducir más alimento en el estómago

Se dice que el baño interno hace que cualquier persona parezca y se sienta limpia, confortable y fresca

Lávese por dentro antes del desayuno de la misma manera que lo hace por fuera. Ello es mucho más importante, porque los poros de la piel no absorben impurezas para la sangre, lo cual es causa de enfermedades, mientras que los poros del intestino, sí.

Por cada onza de alimento y bebida introducidos en el estómago, casi una onza de materias de desecho debe ser expulsada del cuerpo. Si esta materia de desecho no se elimina día por día, fermenta prontamente y genera venenos, gases y toxinas que entran en la corriente sanguínea absorbidos o extraídos por los vasos linfáticos que debían sólo extraer nutrimento para sostener el cuerpo.

Es una medida saludable, espléndida, tomar todos los días antes del desayuno un vaso de

agua realmente caliente con una cucharadita de fosfato limestone, lo cual es un medio inofensivo de librar de estos venenos, gases y toxinas al estómago, el hígado, los riñones y los intestinos, y así limpiar, suavizar y refrescar todo el canal digestivo antes de introducir más alimento en el estómago.

Un cuarto de libra de fosfato limestone no cuesta sino muy poco en la botica, pero es suficiente para hacer de cualquiera un entusiasta del baño interno. A las personas acostumbradas a despertar con pesadez y dolor de cabeza o que tienen la lengua cubierta, mal sabor en la boca, cara cetrina, y otros que padecen de ataques biliosos, acidez de estómago o de estreñimiento se los asegura en corto tiempo una mejoría notable tanto de salud como de apariencia.



# Una maravilla de la ciencia moderna

(Traducido de la REVUE DES MEDICIEUS)

No tener voluntad significa para toda persona caer vencida ante el más mínimo obstáculo sin lograr salvarlo, cual si fuera la más insalvable de las montañas; y si ese obstáculo es una enfermedad cualquiera que haga presa en su organismo, tendréis como resultante un hombre o una mujer con un campo propicio para el desarrollo rápido de la primera enfermedad que se presente, sea cual fuere. Añadamos a aquéllas otros seres que, dadas sus múltiples ocupaciones habituales, dejan para el mañana el poner coto a sus sufrimientos, y tendremos dos interminables caravanas humanas, que caminan paralelamente hacia un infierno de padecimientos.

Sin embargo, todos sin excepción alguna, sabemos que las enfermedades no perdonan ni abandonan a su víctimas, y que si no se les ataca a su debido tiempo su porvenir es grande y cruento para todos los organismos.

Entre la vastísima variedad de enfermedades que agobian a la humanidad, se hallan muy comúnmente las hemorroides. El diagnóstico que se hace de ellas en su aparición no es grave y vulgarmente se recurre a consejos privados, casi siempre en multitud de casos no se consulta a los médicos, y ya se comprende que **lueven** sobre el paciente infinidad de recetas caseras, **las** que además de traer aparejadas con facilidad peligrosas infecciones por los medios groseros que se emplean para su aplicación, terminan por desorientar al enfermo y hacerle perder la fe que pudiese tener en la eficacia de esos medicamentos de curaderos.

La ciencia moderna ha despejado todas esas inquietudes en lo que respecta a la medicina a emplearse en estos casos, y ha creado una sustancia llamada Noridal, que es una verdadera maravilla del sistema terapéutico moderno. Solamente por ignorancia se concibe que los que sufren hemorroides no empleen de inmediato Noridal. Reune esta medicina tantas y tales condiciones de curación rápida, que hemos podido constatar en varias clínicas visitadas, que con el uso de ella se han combatido casos de hemorroides calificados por los facultativos de pronóstico reservado. Unicamente así se **explica** que en Europa y Estados Unidos se haya vulgarizado tan extraordinariamente la aplicación del medicamento que acabamos de ocuparnos.

# IMPORTANTE

## Las colecciones de LA NOVELA SEMANAL

Ante las numerosísimas e insistentes demandas de colecciones que recibimos continuamente de parte de los lectores de la capital y de todo el interior de la república, y a pesar de la crisis de papel por que atraviesan todas las empresas editoriales del país y que amenaza aumentar diariamente su gravedad, burlando todas las prevenciones que se hagan para combatirla, resolvimos reeditar la mayoría de los números hasta la fecha agotados, imponiéndonos este considerable sacrificio en beneficio único de los lectores remises que dejaron pasar sin adquirir las primeras publicaciones. Por lo tanto, hacemos notar la conveniencia de los lectores y coleccionistas de "LA NOVELA SEMANAL" que se procuren los números tan pronto como vayan apareciendo y conseguirán el doble beneficio de facilitar la tarea de nuestra interesante empresa y conseguir poseer continuamente la colección completa de esta revista.

LA DIRECCIÓN.

---

APARECE TODOS LOS LUNES CON UNA OBRA COMPLETA E INTERESANTE  
DE LOS MEJORES ESCRITORES ARGENTINOS

### PUBLICADAS

1. Una hora millonario, de E. García Velloso, 2.<sup>a</sup> edición.
2. La Huelga, de Hugo Wast (G. Martínez Zuviría), 2.<sup>a</sup> edición.
3. Artemis, de Enrique Larreta, 2.<sup>a</sup> edición.
4. Una madre en Francia, de Belisario Roldán, 4.<sup>a</sup> edición.
5. Luna de miel, de Manuel Gálvez.
6. La Psiquina, de Ricardo Rojas.
7. Werther y Don Juan, de J. Ingenieros, 3.<sup>a</sup> edición.
8. El cofre de ébano, de Alejandro Sux, 3.<sup>a</sup> edición.
9. Un peón, de Horacio Quiroga.
10. El instinto, de Pedro Sonderéguer, 3.<sup>a</sup> edición.
11. La evasión, de Benito Lynch, 2.<sup>a</sup> edición.
12. La ciudad del amor y de la muerte, de Julián de Charras, 2.<sup>a</sup> edición.
13. El Babú de Naranyana, de Carlos Muzzio Sáenz Peña, 2.<sup>a</sup> edición.
14. Expliación, de J. L. Fernández de la Puente.
15. Un casamiento en el gran mundo, de Elsa Norton.
16. Plutón, de Julio Navarro Monzó.
17. Bobó, de Miguel R. Roquendo.
18. La esfinge, de Julio del Romero Leyva.
19. En la senda, de Oscar Tarloy (Antonio Juliá Toirá).
20. La voluptuosidad del poder, de Pedro Sonderéguer, 1.<sup>a</sup> parte.  
" " " " " " 2.<sup>a</sup> "  
" " " " " " 3.<sup>a</sup> "
21. El tul violeta, de la Sra. d. R. de Orlandiz.
22. La degollación de los inocentes, de Atilio Chiappori.
23. El apóstol del Ayú, de Juan José de Solza Reilly.
24. Holocausto, de César Carrizo.
25. El pozo de las murenas, de Pedro Angelici.
26. La diva, del Marqués de Atela.
27. Hipódromo, de Mario Bravo.
28. La revelación, de José León Pagano.
29. El caballo de Carcela, de José de Maturana.
30. Dorios, de Cyro de Azevedo.
31. La expulsión de los doctores, de E. Richard Lavalle.
32. Del Parnaso al chiquero, de Bustaquío Pellicer.
33. Cristina, de Alfredo Duhau (número extraordinario).

# Una maravilla de la ciencia moderna

(Traducido de la REVUE DES MEDICISNS)

No tener voluntad significa para toda persona caer vencida ante el más mínimo obstáculo sin lograr salvarlo, cual si fuera la más insalvable de las montañas; y si ese obstáculo es una enfermedad cualquiera que haga presa en su organismo, tendréis como resultante un hombre o una mujer con un campo propicio para el desarrollo rápido de la primera enfermedad que se presente, sea cual fuere. Añadamos a aquéllas otros seres que, dadas sus múltiples ocupaciones habituales, dejan para el mañana el poner coto a sus sufrimientos, y tendremos dos interminables caravanas humanas, que caminan paralelamente hacia un infierno de padecimientos.

Sin embargo, todos sin excepción alguna, sabemos que las enfermedades no perdonan ni abandonan a sus víctimas, y que si no se les ataca a su debido tiempo su porvenir es grande y cruento para todos los organismos.

Entre la vastísima variedad de enfermedades que agobian a la humanidad, se hallan muy comúnmente las hemorroides. El diagnóstico que se hace de ellas en su aparición no es grave y vulgarmente se recurre a consejos privados, casi siempre en multitud de casos no se consulta a los médicos, y ya se cumple que llueven sobre el paciente infinidad de recetas caseras, las que además de traer aparejadas con facilidad peligrosas infecciones por los medios groseros que se emplean para su aplicación, terminan por desorientar al enfermo y hacerle perder la fe que pudiese tener en la eficacia de esos medicamentos de curanderos.

La ciencia moderna ha despejado todas esas inquietudes en lo que respecta a la medicina a emplearse en estos casos, y ha creado una substancia llamada Noridal, que es una verdadera maravilla del sistema terapéutico moderno. Solamente por ignorancia se concibe que los que sufren hemorroides no empleen de inmediato Noridal. Reune esta medicina tantas y tales condiciones de curación rápida, que hemos podido constatar en varias clínicas visitadas, que con el uso de ella se han combatido casos de hemorroides calificados por los facultativos de pronóstico reservado. Únicamente así se explica que en Europa y Estados Unidos se haya vulgarizado tan extraordinariamente la aplicación del medicamento que acabamos de ocuparnos.



EL MEJOR  
Tónico - Aperitivo

DEL MUNDO



Giussani y Taiana. -- GARAY 866